



Reflection from Fr. Melanio Viuya, MJ
Twelfth Sunday in Ordinary Time– Year A

Here in Los Angeles, we live alongside the constant anxieties of broken immigration systems and the crushing fear of falling ill without health insurance. Someone recently shared with me: “Father, I realized how much fear I carry. Even when our paperwork is filed, I feel like my family could be torn apart at any moment. And if one of my children gets sick, a single ER visit could ruin us.” That feeling is familiar to many people today. We go to work, care for our families, and keep moving—but beneath the surface there is a quiet panic about what comes next. That is why Jesus’ words in today’s Gospel reach us so deeply: “Do not be afraid.”

Today the Word of God speaks with deep honesty about fear. Jeremiah knows betrayal, the psalmist knows rejection, and in the Gospel Jesus repeats the command we most need to hear: “Do not be afraid.” This is not denial of pain, but courage rooted in the certainty that God sees, remembers, and never abandons his people.

That message is urgent in our world. Many live with “terror on every side”—through war, displacement, hunger, and deep social division. Fear easily becomes a way of life, making people suspicious, harsh, and closed to compassion. But Jesus calls his disciples to something different: truth instead of panic, mercy instead of hostility, and hope instead of despair.

Here in Los Angeles, we know these fears in concrete ways: housing insecurity, homelessness, the heavy strain on working families, the painful uncertainty among immigrant communities, and the vulnerability of living without access to medical care. Many outwardly carry on, but inwardly are burdened. Into that reality Jesus speaks again: “Do not be afraid.” Not because the problems are small, but because God’s care is greater than what threatens us.

Jesus says, “What I say to you in the darkness, speak in the light.” Faith cannot remain private comfort; it must become public witness. To follow Christ today means defending the dignity of the poor, the forgotten, and the stranger; speaking truth when silence is easier; and choosing compassion over indifference. This week that may mean checking on a neighbor, supporting those who are unhoused, helping someone navigate a medical clinic, encouraging a fearful family, or simply standing more visibly with Christ.

The heart of today’s Gospel is this: “You are worth more than many sparrows.” The God who knows every sparrow knows every undocumented worker, every uninsured parent, every wounded heart in this church, and every weary family in Los Angeles. In Christ, mercy is greater than fear. So let us ask for the courage to trust, to love, and to witness without shame. May our parish become a living proclamation of Jesus’ words: Do not be afraid.

Reflexión del Padre Melanio Viuya, MJ
XII Domingo Ordinario– Ciclo A

Aquí en Los Ángeles vivimos junto a las ansiedades constantes de un sistema de inmigración roto y el miedo aplastante de enfermarse sin tener un seguro médico. Alguien me compartió recientemente: “Padre, me di cuenta de cuánto miedo llevo dentro. Incluso cuando nuestros papeles están en trámite, siento que mi familia podría ser separada en cualquier momento. Y si uno de mis hijos se enferma, una sola visita a la sala de emergencias podría destruirnos económicamente”. Ese sentimiento les resulta familiar a muchas personas hoy. Vamos al trabajo, cuidamos de nuestras familias y seguimos adelante, pero debajo de la superficie hay un pánico silencioso por lo que viene. Por eso las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy nos llegan tan hondo: “No tengan miedo”.

Hoy la Palabra de Dios nos habla con profunda sinceridad sobre el miedo. Jeremías conoce la traición, el salmista conoce el rechazo, y en el Evangelio Jesús repite el mandato que más necesitamos escuchar: “No tengan miedo”. Esto no es negar el dolor, sino una valentía arraigada en la certeza de que Dios ve, recuerda y nunca abandona a su pueblo.

Ese mensaje es urgentísimo en nuestro mundo. Muchos viven con “terror por todas partes”: a causa de la guerra, el desplazamiento, el hambre y la profunda división social. El miedo fácilmente se convierte en una forma de vida, haciendo a las personas desconfiadas, duras y cerradas a la compasión. Pero Jesús llama a sus discípulos a algo distinto: verdad en vez de pánico, misericordia en vez de hostilidad y esperanza en vez de desesperación.

Aquí en Los Ángeles conocemos estos miedos de manera concreta: la inseguridad de vivienda, la falta de hogar, la pesada presión sobre las familias trabajadoras, la dolorosa incertidumbre de nuestras comunidades inmigrantes y la vulnerabilidad de vivir sin acceso a la atención médica. Muchos siguen adelante por fuera, pero por dentro están cargados. En medio de esa realidad Jesús vuelve a decir: “No tengan miedo”. No porque los problemas sean pequeños, sino porque el cuidado de Dios es más grande que todo lo que nos amenaza.

Jesús dice: “Lo que les digo en la oscuridad, díganlo a plena luz”. La fe no puede quedarse en consuelo privado; debe convertirse en testimonio público. Seguir a Cristo hoy significa defender la dignidad de los pobres, de los olvidados y del extranjero; decir la verdad cuando es más fácil callar; y elegir la compasión en lugar de la indiferencia. Esta semana eso puede significar visitar a un vecino que está luchando, apoyar a quienes no tienen hogar, ayudar a alguien a navegar una clínica médica, alentar a una familia con miedo o simplemente mostrarnos más claramente del lado de Cristo.

El corazón del Evangelio de hoy es este: “Ustedes valen más que muchos pajaritos”. El Dios que conoce a cada pajarillo conoce también a cada trabajador indocumentado, a cada padre de familia sin seguro médico, a cada corazón herido en esta iglesia y a cada familia cansada en Los Ángeles. En Cristo, la misericordia es más grande que el miedo. Por eso pidámosle al Señor la valentía para confiar, amar y dar testimonio sin vergüenza. Que nuestra parroquia llegue a ser una proclamación viva de las palabras de Jesús: No tengan miedo.